

Educación, disciplina, prácticas y vivencias: memorias insustituibles de algunos integrantes de la Escuela Médico Militar

Beatriz Lucía Cano Sánchez*

María Eugenia Arias Gómez, *Palabras de diez médicos militares mexicanos del siglo XX*, México, Instituto de Investigaciones “Dr. José María Luis Mora”, 2017, 278 pp.

El Instituto Mora fue uno de los primeros centros de investigación que creó un programa de historia oral en México. En 1983, Eugenia Meyer asumió la dirección de esta institución, y junto con Alicia Olivera estableció un programa similar al que tenía la División de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) a inicios de la década de 1970.¹ Este proyecto fue favorecido por el

contexto historiográfico en el que se produjeron importantes innovaciones teórico-metodológicas, entre las cuales se encontraba el llamado giro subjetivo. Es decir, el retorno de la subjetividad a las investigaciones historiográficas, lo cual permitió rescatar los testimonios de las personas que narraban su vida en primera persona con objetivos diversos.² Una de las principales tareas del programa sería la custodia del archivo de la palabra que se formó en el INAH en la década de 1960, el cual sería entregado al Instituto Mora para su resguardo y que con el paso del tiempo ha ido acrecentando su acervo gracias a la conformación de varios proyectos de historia oral. Uno de los más importantes es el de los testimonios orales de los arquitectos de la Ciudad de México.³ La importancia

otorgada a la oralidad se reflejó en la revista *Secuencia*, que en sus inicios incluyó una sección de historia oral; asimismo promovió la impartición de cursos de esta materia, llegando a establecer el Taller de Historia Oral que hasta el momento lleva 28 ediciones bajo la dirección de Graciela de Garay.

La línea de investigación referente a la historia oral sigue teniendo una importante presencia en el Instituto Mora, tal como se puede observar en las diversas publicaciones realizadas en los últimos años, entre las que se cuenta el libro *Palabras de diez médicos militares mexicanos del siglo XX* de la doctora María Eugenia Arias.⁴

del Instituto Mora”, *Secuencia*, núm. 33, septiembre-diciembre de 1995, pp. 130-131. Para 1995, el Archivo de la Palabra contaba con 900 cintas divididas en 10 áreas temáticas.

⁴ Otros textos que siguen esta misma metodología son *Diálogos con historiadores: reflexiones en torno al tiempo, el espacio y la memoria* de Verónica Zárate

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

¹ Graciela de Garay, “Nueva fuente para la nueva historia. Eugenia Meyer recuerda los inicios de la revista *Secuencia*”, *Secuencia*, núm. 78, septiembre-diciembre de 2010, pp. 185-186.

² *Ibidem*, p. 183.

³ Víctor Federico Herrero Solana, “Ideas para la automatización y acceso desde internet del Archivo de la Palabra

A través de entrevistas, la autora busca explorar los recuerdos de los médicos como estudiantes, profesores y profesionales de la escuela y del Hospital Militar. Para obtener la información, las conversaciones llevadas a cabo estaban apoyadas en cuestionarios con más de 50 preguntas, que exploraban cuatro aspectos específicos: su vida anterior al ingreso a la Escuela Médico Militar, sus vivencias en ella, la formación que recibieron, su trayectoria profesional después de egresar, y su sentir sobre su *alma mater*. El objetivo era entender las particularidades de sus vivencias, de sus prácticas cotidianas, de su visión sobre la disciplina y el deber, y de las formas como preservan sus símbolos y códigos de valores. María Eugenia Arias forma parte de la Comisión de Estudios Históricos de la Escuela Médico Militar (CEHEMM), fundada en 1976, y que está integrada por siete personas; en su momento se planteó la posibilidad de entrevistar a sus miembros o a aquellos que tuvieran algún tipo de relación con esta agrupación, pues, como ella misma lo expresa, el contacto con los médicos militares le permitió comprender los valores que alcanzaron durante su formación escolar y que se reflejaban en su vida profesional.

Las aportaciones de los egresados de la Escuela Médico Militar han enriquecido de manera notable a la medicina contemporánea de México. La interacción que tuvo la doctora Arias con los médicos militares le permitió entender que no sólo asumen el sentido de identidad y de pertenencia, sino también el deseo por conservar la memoria. La mayor parte de los miembros de la comisión son “historiadores empíricos” que se han propuesto la misión de salvar y preservar la información concerniente a la escuela y al hospital militar. A pesar de no contar con una formación historiográfica, consultan materiales propios de este tipo de investigación, como los documentos de archivo y las fuentes iconográficas, escritas y orales. Los médicos entrevistados por María Eugenia fueron: Gustavo Azcárraga González, Homero Leopoldo Treviño Treviño, Edmundo Calva Cuadrilla, Miguel Schulz Contreras, Manuel Ordóñez Bolaños, Clever Alfonso Chávez Marín, Luis Limón Limón, Sergio Eduardo Mendoza Hernández, Antonio Moreno Guzmán y Estela Gracia García y Martínez. Aunque dos de ellos no pertenecen a la comisión, Arias conversó con ellos porque uno era miembro fundador de la escuela y el otro es un historiador militar cuyas respuestas resultaron interesantes. En cuanto a su lugar de origen, cinco nacieron en la Ciudad de México, dos en Veracruz, uno en Hidalgo, uno en Jalisco y uno más en Chiapas. Nueve de los testimonios pertenecen a hombres y sólo uno es de una mujer. La mayoría ingresó a la es-

cuela entre los 17 y los 19 años, a excepción de Estela García que estudió en una institución diferente.

A partir de las entrevistas realizadas, María Eugenia Arias Gómez busca hacer una contribución en varias ramas de la investigación histórica, tales como el estudio de las instituciones médicas castrenses, el género biográfico, la historia oral y la historia de la vida cotidiana. Los testimonios recopilados por la autora nos muestran que los orígenes de la escuela y del hospital no sólo se encuentran ligados, sino que forman un binomio indisoluble. De acuerdo con Luis Limón, la escuela pasó por cuatro etapas: la primera, su establecimiento en la calle del Cacahuatal, entre los años de 1917 y 1930; la segunda, cuando se le trasladó al Parque de Ingenieros, en la avenida Arcos de Belén, entre 1930 y 1945; la tercera, la construcción de un edificio en Lomas de Sotelo en 1945; y la cuarta, la modernización de sus instalaciones y edificación del Hospital Central Militar. Antonio Moreno apunta que la historia de la escuela comenzó tras las reformas liberales de 1833 impulsadas por Valentín Gómez Farías. Entre las primeras disposiciones llevadas a cabo se decidió integrar la Escuela Nacional de Cirugía al Establecimiento de Ciencias Médicas, lo que provocó que ya no existiera un lugar en el cual educar a los cirujanos y, con ello, ya no se pudieron cubrir las plazas de cirujano del ejército. Ante tal situación, Pedro del Villar, en 1836, presentó un proyecto al gobierno federal para la creación de un hospital de instrucción militar y de una es-

Toscano; *De Sur a Norte. Chilangos gay en Toronto* de Rodrigo Laguarda; *Adolfo Sánchez Rebolledo: un militante socialista* de Patricia Pensado; *Aquellos niños del exilio. Cotidianidades en el Cono Sur y México* de Silvia Dutrénit Bielous; “*Se solicitan reporteros: historia oral del periodismo mexicano en la segunda mitad del siglo XX* de Ana María Serna, entre otros.

cuela para la formación de los facultativos.

La anterior propuesta no se autorizó en ese momento. Sin embargo, en 1846, el médico belga, Pedro Van der Linden, logró que el presidente Mariano Paredes aprobara la creación del hospital militar, el cual se alojó en el ex convento de san Hipólito, y que sólo funcionó unos meses a causa de la guerra contra la intervención norteamericana. Unos años después, Van der Linden consiguió que el general Antonio López de Santa Anna fundara el Hospital Militar de Santa Anna en el ex convento de san Lucas, que tuvo sólo seis años de actividad. En el Segundo Imperio (1864-1867) existieron dos cuerpos médico-militares: el imperial y el liberal. Tras la Restauración de la República, Benito Juárez nombró a Francisco Montes de Oca como subinspector del cuerpo médico militar y director del Hospital Militar, mejor conocido como Hospital Militar de San Lucas. A iniciativa de Montes de Oca, en 1880, Porfirio Díaz autorizó la creación de la Escuela Práctica Médico Militar, cuya primera sede se encontraba en el Hospital Militar, razón por la cual se le cambió el nombre por Hospital Militar de Instrucción, otorgándole a sus egresados el grado de mayor médico cirujano. El establecimiento de la Escuela Práctica permitió que llegaran estudiantes de la Escuela Nacional de Medicina, a efecto de completar su formación y ser nombrados cirujanos del ejército. Aquellos que aprobaban tenían que cumplir cinco años de servicio en las corporaciones militares.

Durante la etapa armada de la Revolución, los médicos militares

se desempeñaron en diversos frentes, entre los que sobresalieron Cerqueda que, junto con Guadalupe Gracia García, crearon el primer tren hospital que facilitó la atención de los heridos. Con el arribo de Venustiano Carranza a la presidencia se aprobó, el 12 de octubre de 1916, el proyecto de creación de la escuela médico militar, sin embargo, comenzó a funcionar hasta el 15 de marzo de 1917 con el nombre de Escuela Constitucionalista Médico Militar. Guadalupe Gracia fungió como su primer director, contando con una plantilla de 41 profesores. La escuela sufrió una crisis en 1938 que suscitó una serie de rumores que apuntaban a su posible cierre, pues se le consideraba “innecesaria” y “costosa”. Un cambio trascendental en la historia de la centro escolar ocurrió en 1973, cuando se permitió el ingreso de mujeres. A Gustavo Azcárraga González le tocó lidiar con el problema que se generó, recordando que dicha decisión causó repudio entre los médicos militares, quienes consideraban que al plantel sólo deberían asistir hombres, ya que los embarazos de las mujeres trastornarían el servicio. La idea original era formar tres o cuatro mujeres por año, pero por órdenes del general Hermenegildo Cuenca se recibieron 25, de las que sólo se graduaron tres. Azcárraga reconocía que la baja tasa del egreso femenino fue provocada por la presión y malos tratos que recibieron de los comandantes, de los médicos militares y de los profesores.

En su momento, el doctor Azcárraga manifestó su apoyo para que las mujeres cursaran la carrera, pues tenían los mismos derechos

que los civiles que laboraban en el hospital militar, a quienes se les había otorgado el grado. La experiencia demostraba que ellas podían con la tarea y que en las situaciones más difíciles lograron desenvolverse bien. En ningún momento habían representado un problema y no se arrepentían de su decisión de ingresar a la corporación. El único inconveniente que existía es que los médicos militares se casaran entre sí, lo que obligó a sanidad militar a buscar lugares que permitan que los esposos hicieran su servicio en lugares cercanos. Por otro lado, en 1973 se estableció la Escuela de Sanidad, y dos años después la Universidad del Ejército y Fuerza Aérea, a la que después se integró la Escuela Militar de clases de Sanidad. Ya en años más recientes, un asunto que causó polémica fue la decisión, en 2011, de modificar la Ley de Ascensos y Recompensas del Ejército y Fuerza Aérea Mexicanos, que determinó que los egresados salieran con el grado de subtenientes en vez de mayores. Por otro lado, en el 2016 se inauguró el Centro Militar de Ciencias de la Salud, cuyo objetivo consiste en formar especialistas en diversas áreas biomédicas, además de impulsar la investigación.

Desde mi punto de vista, una de las virtudes del libro de María Eugenia Arias es el rescate de la vida cotidiana de los alumnos de la Escuela Médico Militar. A través de testimonios podemos conocer cómo era el recibimiento que se les daba cuando ingresaban. Por ejemplo, Gustavo Azcárraga menciona que las bromas pesadas eran “guasas, guasas pesadas, sí, pero no llegaban a más, no llegaba

a golpes”. A los novatos les hacían maldades, como obligarlos a meterse en agua fría, masticar “una cosa cochina, como un calcetín sucio” o beber las “pócimas”. También reconocía que todo ello no se comparaba con las bienvenidas del Colegio Militar, en donde las travesuras podían ser “peligrosas”. Edmundo Calva recordaba una llamada “el plan”, que consistía en esperar que los alumnos de nuevo ingreso tomaran su merienda y se durmieran, momento que aprovechaban para caminar sobre ellos y obligarlos a desnudarse. Después los conducían a una hoguera y uno de los alumnos mojaba un cobertor con el que les pegaba para hacerlos caer en el fuego. A Calva y a otros de sus compañeros les tocó que los metieran en una pileta para que nadaran, y después los obligaron a golpearse y aventaron su ropa al agua.

Era una práctica común entre los alumnos de nuevo ingreso el tener que tomar pócimas preparadas por los estudiantes avanzados. Para tal efecto, cuenta Luis Limón, se les llevaba a un restaurante llamado Luna Park en el que se les daba de beber café preparado con colillas de cigarro, chile piquín o cualquiera de “todas las cosas que se puedan imaginar”. Aunque a él no le tocó recibir un “trato muy agresivo”, recordaba que algunos de sus compañeros resultaron golpeados. Sergio Eduardo Mendoza señalaba que en su recibimiento hubo “chicoleo”, bromas de mal gusto, amenazas y burlas, las cuales tenían el objetivo de generar un “sentimiento de menosprecio”.

Miguel Schulz decía que a los recién llegados se les aplicaba la “pelonada”, misma que podía

durar unos dos meses y, cuando concluían las guardias, los estudiantes se volvían amigos. Ésa es la misma impresión de Homero Leopoldo Treviño, quien afirmaba que en la escuela sólo se veía a “estudiantes felices”. Los entrevistados concordaban en que la disciplina de estudio era sumamente rigurosa, lo cual ocasionaba que no tuvieran mucho tiempo libre y cuando lo tenían, trataban de disfrutarlo. Gustavo Azcárraga recuerda que sus compañeros solían reunirse en una sala para escuchar música o salir al cine, visitar a una amiga, ir al billar o sólo caminar. Por su parte, Antonio Moreno recuerda que el tiempo libre lo ocupaba en los estudios, sobre todo en los tres primeros años, cuando existía la posibilidad de ser dado de baja por las malas calificaciones, además había una “competencia terrible” entre los compañeros que buscaban presentarse como un buen estudiante y médico. El alumno que registraba un bajo rendimiento era tildado de “poco estudioso”, “ignorante”, “tonto”, “estúpido”, “oligofrénico” y “poco eficiente”. Manuel Ordoñez también coincidía en que la escuela los hacía “sufrir como perros”, experimentándolo así en los primeros dos años, en especial, por algunos de sus profesores, como Arturo González Cosío, que era “como el diablo”, y como José Joaquín Izquierdo, un “ogro” que los insultaba, regañaba y arrestaba.

Por su parte, Miguel Schulz consideraba que su estancia había sido “brutal”, pues todos los días estudiaba hasta las 12 de la noche y a las 3 de la mañana se paraba para continuar. La escuela era “muy pesada”; el tiempo li-

bre lo empleaban en los estudios sobre todo en el primer año, que “nada más eran estudios y estudios, y más estudios y nada más”. Aunque en los siguientes años era menor la exigencia, lo cierto es que había “mucho lágrima en esa escuela; es una escuela muy pesada, sobre todo primer año, después ya no, después se hace un ambiente un poco más relajado, muy tolerable, muy tolerado”. A pesar de que todos los egresados de la Escuela Médico Militar se sienten orgullosos de su *alma mater*, también mostraron preocupación por el futuro de la institución. Tanto Gustavo Azcárraga como Antonio Moreno y Edmundo Calva consideraron que la calidad académica había decaído por dos razones: la masificación y el que se pidiera no reprobar a los alumnos. Sobre el primer punto, Azcárraga reflexionaba que las autoridades no podían permitir que los grupos alcanzaran 100 alumnos, pues, de acuerdo con Antonio Moreno, el establecimiento no había crecido al mismo ritmo que la demanda. Por su parte, Edmundo Calva advertía que se carecía del suficiente número de profesores para ofrecer una buena educación, pero al mismo tiempo reconocía que desde el punto de vista técnico salían bien preparados. Moreno y Calva también se mostraban de acuerdo en que la masificación atentaba contra el espíritu de la institución, pues las generaciones ya no fraternizaban y no sentían cariño por el establecimiento educativo o por el ejército.

Edmundo Calva creía que existían dos razones más que explicaban la problemática situación en la que se encontraba la escuela:

la primera se refería a las modificaciones que se realizaron en el reglamento respecto al nombramiento de director. En los primeros años de vida de la institución, la Junta de Profesores era la encargada de la designación, pero después ese papel recayó en los funcionarios, quienes elegían a los directores sin verificar que tuvieran el conocimiento y la visión para desempeñar su papel. La segunda era la supresión del Consejo Pedagógico, un órgano integrado por varios directivos, cuyo principal problema es que desconocían las necesidades

de la escuela. Para que el consejo funcionara, Calva opinaba que debía conformarse con personal que tuviera experiencia docente y que se dejaran de lado las normas burocráticas, tal como ocurría en la universidad del ejército, mismas que sólo contribuían a desvirtuar la función de la institución.

Todo lo expuesto en los anteriores párrafos constituye sólo una mínima parte del contenido de las entrevistas realizadas por María Eugenia Arias, y nos demuestra la importancia que tiene la historia oral, pues no sólo per-

mite acercarse a los grandes procesos sociales, sino también a las minuciosidades de una historia que sólo se puede conocer de boca de sus propios protagonistas. No cabe duda de que *Palabras de diez médicos militares mexicanos del siglo XX* constituye una importante contribución para la historia de la medicina militar en México, la cual ha sido escasamente explorada por la historiografía y que, como se nota en el libro, puede aportar valiosos conocimientos sobre la manera en que se conforman las instituciones castrenses en nuestro país.